



Sayonara taca-taca

por Antonio Skármeta



Nada de extraño que las autoridades culturales anden felices cual pelicanos con varónes de sardinas. Cualquier país del mundo quisiera tener en su línea delantera a goladotes tan eficientes como Mauricio Celodón con su Teatro del Silencio y a Andrés Pérez con su Circo Teatro. No miro en menos la excelente labor de otros grupos nacionales. Es sólo que en los casos de Celodón y Pérez, al ser la pantomima, la danza, el juego de mscaras y la música la materia de su trabajo, se facilita enormemente su comunicación con públicos de otros idiomas. Ventaja que no tienen los equipos que aran en las turbulencias del lenguaje o escaban en nuestras insondables almas chilenas, fuera que a veces es de interés regional.

Todos hemos oído de los elogios que *La Negra Ester* y *Popol Vuh* acumularon fuera de Chile. Yo quiero agregar uno de *primer fax* que mi amiga Christine Giese, austríaca de nacimiento y berlina de elocución, acaba de mandarme tras haber visto el *Popol Vuh* en un barrio en ruinas del antiguo Berlín Oriental: "Al final de la obra, es decir, después del baile del público con los actores, parecía que nadie quisiera abandonar el teatro. Todos se quedaron dando vueltas, agudicieron artistas que lanzaban llamas por la boca y otros malabaristas callejeros y en dos improvisados mesones comensó a venderse un vino bastante potable. Esa noche, volvió a gustarme Berlín".

Cito con precisión esta frase, porque me parece una muestra contundente de la potencia de nuestros artistas para prestigiar a Chile si el gobierno los apoya. Su efecto sobre los públicos extranjeros llega más allá del arte. Puede ensanchar las fronteras de sus vidas. Puede hacerlos, aunque sea por un lapso, felices.

El genial Mauricio Celodón y su apasionado Teatro del Silencio han estrenado



El genial Mauricio Celodón y su apasionado Teatro del Silencio han estrenado finalmente en Santiago su nueva volada: *Taca-taca, mon amour*.

finalmente en Santiago su nueva volada: *Taca-taca, mon amour*. Con *Malasangre*, este mismo conjunto había tirado muy pasado el tejo y, en verdad, ahora deben estar dispuestos a ser medidos con la misma vara que ellos crearon. *Taca-taca...* exhibe toda la nobleza del gran arte. La anima una idea poética: desde la esfera de un balón, imagen del mundo, o desde la redondez de un mundo que se extingue, metáfora de un balón, se despliega una impulsiva visión de la historia contemporánea, que pasa por la inventiva de Einstein hasta el holocausto de Hiroshima. En el camino bailan, saltan, sacan y conciben sus teorías y revoluciones Lenin y Stalin, Freud y las masas siberianas que se sublevan bajo la nieve, tropas nazis y niponas, y al menos un equipo completo de taca-taca, cuyo nervioso

traqueteo se adapta muy bien al fogoso estilo del grupo que, como diría un locutor deportivo, *corre los noventa minutos*. En las gradas, una banda musical los anima sin treguas ni perdón. Así los disfrutamos también en *Ocho horas y Malasangre*. Y, sin embargo, este nuevo espectáculo, sólo en su segunda mitad, está al alto nivel de los anteriores.

Hay ahora dos problemas que afectan la primera parte: el concepto poético esta vez es muy amplio, y los solos y dios mímicos iniciales son eternos, reiterativos, imprecisos, de una vaguedad algo pueril. Da la impresión de que estas largas especulaciones coreográficas (en momentos donde aún no es posible ver hacia donde apunta la pieza) fueran rellenos para dar tiempo a los actores de las escenas con masas a

cambiarse de trajes y maquillajes. La amplitud del concepto colabora con este desmañamiento inaugural: una cosa es celebrar la concreta vida del poeta Rimbaud (*Malasangre*) y otra, exhibir la amplia historia contemporánea hasta el holocausto nuclear. Y algo me dice que Celodón no va a parar ahí, que esto es sólo un fragmento de un todo mayor. El discurso se hace demasiado general y se tiende a gratificar la curiosidad del espectador proponiéndole personajes y acciones que los hagan reconocibles. Peligro: a veces, más que drama, son ilustraciones.

Como hilo conductor de esta maravillosa safococa, un muñeco de taca-taca: la lírica artesanal que va sobreviviendo de catástrofe en aniquilación; la indomable humanidad lúdica y sentimental que renace de fascismos y hacañombes. Si los hallazgos de la primera sección son parciales, en la segunda el conjunto de Celodón cuenta victoria, quema las naves, amasa. Con la escena del descubrimiento del psicoanálisis, donde tres eléctricas histéricas transforman en flámengo el diván de Freud, y sobre todo con la introducción de Hitler y sus huertes fascistas, el espectáculo agarra un brío y un pavor que pone los pelos de punta. Y esta genialidad se transforma casi en una autolección acerca de lo que pudo haber sido la débil parte inicial. La fuerza del cuadro de Hitler reside en que su fantasía fue elaborada a partir de los parámetros del juego de taca-taca, deliciosamente introducidos al inicio de la pieza. A partir del *histerico*, la imaginación de Celodón, hasta entonces errática, sin saber donde está el eje que hace girar el globo, se enciende y se hace dramática.

Para *Taca-taca, mon amour* hay dos destinos diplomáticos cantados: Alemania y Japón.

[Sayonara! ■

Sayonara taca-taca [artículo] Antonio Skármeta.

Libros y documentos

AUTORÍA

Skármeta, Antonio, 1940-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1993

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Sayonara taca-taca [artículo] Antonio Skármeta. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile